

La mirada en el espejo. El viaje de Manuel Payno a Estados Unidos (1845)

Ana Rosa SUÁREZ ARGÜELLO

La mirada en el espejo

Si bien, desde el primer momento de su vida independiente, México se pensaba a sí mismo como nación, es decir, como una colectividad soberana dotada de instituciones y por eso de identidad política.¹ El hecho era que el nuevo país apenas respondía al concepto que, para 1843, comenzó a ofrecer a sus usuarios el diccionario de la Academia Española, probablemente el más empleado a la sazón en el mundo de habla hispana, en el sentido de ser “el conjunto de los habitantes en alguna provincia, país o reino”.²

El “carácter de la nación” era incluso más difícil de describir. José María Luis Mora, un agudo observador de su ámbito, declarararía en 1833 que el carácter “mexicano” se hallaba todavía en proceso: resultaba “demasiado reciente la existencia de México como nación para que los rasgos que hayan de determinarlo adquieran la estabilidad necesaria y puedan ser conocidos y marcados como tales [...]”³

Sin embargo, si tomamos como guía las palabras de Benito María Moxó, un beneditino catalán que visitó la Nueva España a principios del siglo XIX, en el sentido de que “la extraña reunión y combinación de todas las pasiones, de todos los vicios y de todas las virtudes de los particulares” determina el carácter nacional,⁴ podríamos decir

¹ Annick Lempérière, *¿Nación moderna o republicana barroca? México 1823-1857*, en <http://nuevo-mundo.revues.org/document648.html?format=print> (fecha de acceso: 2 de septiembre de 2006).

² La Academia Española, *Diccionario de la lengua castellana*. 7a. ed. Madrid, Imprenta Real, 1832, p. 555 en <http://buscon.rae.es/ntlle/> (consultado el 25 de enero de 2007). Es interesante señalar que en la edición anterior, esta definición aún no existía. La Academia Española, *Diccionario de la lengua castellana*. 6a. ed. Madrid, Imprenta Nacional, 1822 en <http://buscon.rae.es/ntlle/> (consultado el 25 de enero de 2007).

³ José María Luis Mora, *Obra histórica. I. México y sus revoluciones*. Investigación, recopilación, selección y notas de Lillian Briseño Senosiain, Laura Solares Robles y Laura Suárez de la Torre. México, Instituto Mora/SEP, 1987. (Obras completas, IV), p. 69.

⁴ Benito María de Moxó, *Cartas mejicanas. Facsímil de la edición de Génova, 1839*. Pról. de Elías Trabulse. México, Fundación Miguel Alemán, Biblioteca Mexicana, 1995, pp. 20-21. Moxó fue un beneditino catalán, quien estuvo en 1804 en la Nueva España, donde escribió un libro (*ibid.*, pp. XXI-XXIII).

que, para cuando Mora publicó su reflexión en *El Indicador*,⁵ los pocos compatriotas que viajaban ya por el mundo, conseguían descubrir algunos rasgos propios a través de lo nuevo, esto es, de contrastar el “ellos” con el “nosotros”.⁶

Asomémonos rápidamente a las conclusiones obtenidas por Lorenzo de Zavala en 1830 y por Rafael Reynal y Carlos Gastelum de 1832 a 1834, a raíz de su periplo por Estados Unidos, país al que en México muchos suponían más dichoso y al que, acaso de manera un tanto disparatada, deseaban imitar.⁷ Veamos cómo lo que relataron sobre el país que habían recorrido procedía de lo que miraban y vivían a su paso, pero también, y en el fondo, de quiénes eran ellos, habían sido o querían ser, y el país del que venían e imaginaban,⁸ influyó en la construcción de su discurso “patriótico” o “nacional”.

Seguimos en esto a Juan A. Ortega y Medina cuando dice que al contar “sus impresiones y apresar la novedad que pasaba ante sus ojos”, los viajeros expresan “su *ser* por su contrario, por el *no-ser*”. Esto es, cada uno “responde en última instancia al vehemente deseo de expresar el alma propia y afirmar sus aspiraciones por contraste con las ajenas”.⁹

¿Qué pistas, pues, nos procuran Zavala, Reynal y Gastelum sobre “el alma” y las “aspiraciones” de los mexicanos de los años 1830? Si partimos de que los tres formaban parte de la élite política y criolla de entonces, de que sus ideas eran liberales, defendían la independencia, la república federal y la democracia, y anhelaban para México una ruta de avance material, resulta evidente que percibieron al vecino del norte como admirable: fuerte y libre, en pleno adelanto económico, con cuerpos sociales y políticos sólidos.¹⁰

Desde esa posición, veían a México, por contraste, como una nación débil, atada fanáticamente al ayer, sin una estructura que ayudara al progreso económico, con una población atrasada, con organismos débiles, y la tarea de ponerse al día en cuanto a transportes y comunicaciones, industria y enseñanza. Si bien los tres se jactaban de la

⁵ Se trataba de un semanario en el que colaboró durante los años de 1833-1834. Más tarde reunió los materiales que había publicado, los cuales sacó a la luz la Librería de Rosa en París, en el año de 1836. *Apud* J. M. L. Mora, *op. cit.*, p. 11.

⁶ Tomás Pérez Vejo, “La construcción de las naciones como problema historiográfico: el caso del mundo hispánico”, en *Historia Mexicana*, vol. 53, núm. 2, octubre-diciembre de 2003, p. 279.

⁷ Véase, por ejemplo, José María Bocanegra, *Memorias para la historia de México independiente. 1822-1846*. México, Instituto Cultural Helénico/Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana/FCE, 1987, 4 vols. (Clásicos de la historia de México, 1), p. 329.

⁸ Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Trad. de Eduardo L. Suárez. México, FCE, 2005. (Popular, 498), *passim*.

⁹ Juan A. Ortega y Medina, *México en la conciencia anglosajona*. México, Antigua Librería Robredo, 1955, 2 vols. (México y lo mexicano, 13 y 22), pp. 43-44 y 50. Véase también Ingrid E. Fey y Karen Racine, “Introducción”, en *Strange Pilgrimages: Exile, Travel, and National Identity in Latin America, 1800-1900* s. Wilmington, Delaware, Scholarly Resources Books, 2000. (Jaguar Books on Latin America, 22), p. xi.

¹⁰ Ana Rosa Suárez Argüello, “Imaginar a la patria en la distancia. Cuatro viajeros mexicanos en Estados Unidos a fines de la primera república federal”, México, Instituto Mora (en prensa).

emancipación y autonomía de la comunidad nacional que se inventaban, les parecía que Estados Unidos había de ser el faro que guiara a su país, para Zavala lo conveniente era la imitación casi total; para los otros, en parte, pues expresaron dudas sobre algunos valores federales y democráticos.¹¹

El discurso de estos viajeros, que coincidía en el pasmo ante los avances económicos y políticos del vecino del norte, no es similar sobre aspectos sociales y culturales. Los tres repelieron la esclavitud y la exclusión de los negros. Sin embargo, en tanto que Zavala encarecía a los estadounidenses por su amor al trabajo, afán de progreso y desarrollo social (alta tasa de instrucción, difusión de la prensa, libertad religiosa, entre otros) y descalificaba el “carácter mexicano” por su amabilidad, cortesía y sociabilidad habituales, que le parecían producto de culturas decadentes y serviles, los otros dos valoraron los logros de los vecinos, aun cuando en algunos aspectos les juzgaban hipócritas, y exhibían orgullo por el modo de vida, los hábitos y los sentimientos propios.¹²

El tema a tratar en este ensayo es si esta mirada al espejo estadounidense, y la imagen de México reflejaba entonces, y que —como se ha dicho— ofrecía algunos rasgos del “carácter nacional”, se mantenía quince años después, justo en la víspera de la guerra que enfrentó a ambos países, o arrojaba algún brillo o paño nuevo o no advertido en el decenio de los treinta del siglo XIX. Recurriremos, para tal cosa, a otro viajero, quien por esas fechas visitó Estados Unidos.

Payno y México

Antes de sentarnos al lado de Manuel Payno en los navíos, trenes y diligencias que lo transportaron por el país vecino, será necesario revisar el equipaje biográfico y cultural que cargaba consigo, los pesados baúles y velices que influyeron en su manera de proceder, reflexionar y escribir durante y después de las varias semanas que permaneció en el exterior.¹³

¿Quién era Manuel Payno? Si con los años tornó en político y letrado prominente de nuestra historia,¹⁴ lo cierto es que el día en que se embarcó en el puerto de Veracruz, Payno era un periodista poco conocido, quien marchaba con una comisión especial del presidente Herrera bajo el brazo. Formaba parte de la segunda generación de viajeros mexicanos que recorrieron Estados Unidos.¹⁵ Procedía del sector alto de la clase media,

¹¹ *Idem.*

¹² *Idem.*

¹³ Ignacio Manuel Altamirano, *La literatura nacional. Revistas, ensayos, biografías y prólogos*. México, Porrúa, 1949. (Escritores mexicanos, 54), t. III, p. 95.

¹⁴ Se recomienda el libro recientemente publicado por Diana Irina Córdoba Ramírez, *Manuel Payno. Los derroteros de un liberal moderado*. México, El Colegio de Michoacán, 2006 [Premio Luis González y González]. Es posible que se trate, a la fecha, de la biografía más completa sobre este personaje.

¹⁵ A esta generación de viajeros pertenecen también Justo Sierra O'Reilly, Luis de la Rosa, Juan Romero de Terreros, Bernabé Loyola y Justo Veytia. Victoria Lerner Sigal, *La idea de Estados Unidos a través de los viajeros mexicanos*. Tesis. México, El Colegio de México, 1971, p. 18; Justo Veytia,

a aquel que incluía a quienes ejercían un trabajo de monta dentro de la administración pública, y al que se vinculaban “los profesionales que cultivan el intelecto”, aun cuando a lo largo de su vida, lindó con el sector bajo de la misma clase, pues —sin bienes o negocios importantes— sufría de alguna penuria e inseguridad.¹⁶ Era, además, y como se les llamaba entonces, un “hombre de bien”, esto es, un “hombre religioso, de honor, de propiedad, de educación y de virtudes”.¹⁷

Tenía 25 años al partir. Disfrutaba de bienestar material; aunque su familia no poseía grandes recursos, sí vivía con cierta comodidad, fruto del trabajo de su padre, con muchos años de carrera continua y destacada en asuntos financieros, pese a los vaivenes reinantes en el país después de la independencia, y gracias a las relaciones de don Manuel, primo del general y ex presidente Anastasio Bustamante. Era, además, un creyente; su madre, doña Josefa, le había transmitido certidumbres y fervores.¹⁸ El ambiente de sosiego doméstico en el que creció hicieron de él un individuo de buen trato, que sabía rodearse de amigos, y gustaba de codearse con las clases altas y de vivir bien: “sus aspiraciones —resume su gran amigo Guillermo Prieto— eran de gente encopetada”.¹⁹

Se trataba de una persona instruida, aunque su educación formal se había reducido a alguna escuela de primeras letras de la capital, donde además de leer y escribir, se enseñaban las operaciones aritméticas, y cuya pedagogía básica se podía resumir en la frase: “El rigor es el manjar con que se debe alimentar a la juventud”.²⁰ A los trece, o catorce años, comenzó a asistir al Colegio de Jesús, dirigido por el doctor Mora, desde el cual observó el impulso y los efectos de las reformas liberales de 1833. El gusto le duró poco pues la institución cerró sus puertas a la caída de su protector, Valentín Gómez Farías. Con todo, es posible que estos meses influyeran, a la larga, en las tendencias políticas de Payno, si bien la base de su cultura la construyó en el hogar y por su cuenta.²¹

Por entonces, ingresó a la burocracia como “meritorio” de la Dirección General de Rentas, lo cual le suministró conocimientos que le rendirían frutos años después. Pero no desistió de sus gustos intelectuales. Y, a partir de 1836, se sumó a las sesiones de la Academia de Letrán, grupo decidido a “mexicanizar la literatura”, aun cuando, sin

Viaje a la Alta California, 1849-1850. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2000. (Papeles de familia).

¹⁶ Torcuato S. Di Tella, *Política nacional y popular en México, 1820-1847.* Trad. de María Antonieta Neira Bigorra. México, FCE, 1994, p. 18.

¹⁷ *Apud* Michael P. Costeloe, *La república central en México, 1835-1846.* Trad. de Eduardo L. Suárez. México, FCE, 2000, p. 35.

¹⁸ D. I. Córdoba Ramírez, *op. cit.*, pp. 23-24 y Robert Duclas, *Manuel Payno et Los bandidos de Río Frío.* México, Institut Francais d'Amérique Latine, 1979, pp. 8-19.

¹⁹ Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos.* Pról. de Horacio Labastida. México, Porrúa, 1996. (Sepan cuántos..., 481), p. 32.

²⁰ Manuel Payno, *El hombre de la situación.* Ed., estudio crítico, cronología y notas de Jorge Ruedas de la Serma. México, Alfaguara, 2003. (Clásicos mexicanos), pp. 79-81.

²¹ D. I. Córdoba Ramírez, *op. cit.*, pp. 27-30; R. Duclas, *op. cit.*, p. 23; G. Prieto, *op. cit.*, p. 35.

caer en un nacionalismo a ultranza, sino a desarrollar una prosa y una poesía en la que los personajes, el entorno, el lenguaje, las costumbres, entre otros, correspondieran con la propia realidad.²² El grupo lo indujo a estudiar a un sinfín de autores clásicos y románticos, y al comentar sus escritos, le hizo consciente de sus atributos y flaquezas narrativas. Dos veces por semana, además, se reunía con varios amigos, quienes “le-los de admiración” al oírlo, colaboraban en su adiestramiento en el arte de contar.²³

En 1839 inició una etapa de viajes y estancias en lugares distintos a la capital. En Matamoros procedió como oficial de la aduana; en Guanajuato, como turista y reportero; en Fresnillo estuvo a cargo del estanco de tabaco. La temporada —que se extendió hasta mediados de 1843— le sirvió para hacer nuevas amistades, probar la vida en provincia y conocer las comarcas aledañas. Cabe señalar que, en el entretanto, no dejó de leer ni de componer textos que enviaba a la prensa de la ciudad de México.²⁴

De regreso en ella, se unió a la redacción del diario *El Siglo XIX* y dirigió, junto con Guillermo Prieto, *El Museo Mexicano*, revista de tendencia nacionalista. Ignacio Cumplido, editor del primero, lo envió como reportero a Veracruz a fines de 1843. De vuelta en la capital, se colocó en la Administración de Tabacos, y de estas dos actividades se ocuparía a lo largo del año siguiente.²⁵

Payno llevaba pues consigo, al salir para el exterior, varios baúles y velices que le ayudarían o estorbarían a la hora de definir su caminar o descubrir a los otros. Gozaba de una sólida formación religiosa e intelectual, ideas liberales, pero moderadas, así como de un saber burocrático que le permitiría apreciar las prácticas de los estadounidenses. Llevaba, además, un fardo pesado: el de la patria, la patria mexicana en la que había crecido, y que en 1845, año de su partida, parecía tener, luego de muchos años, una pequeña esperanza: los liberales moderados como Payno confiaban en que el nuevo presidente —José Joaquín de Herrera— lograra impulsar al país a salir del caos absoluto en el que había vivido por más de 20 años. Él consideraba que México ha “dado un paso gigantesco hacia su felicidad, presentando al mundo un ejemplo de que las bayonetas y la fuerza armada son nada ante la opinión de un pueblo”.²⁶

²² *Ibid.*, p. 96. Vid. Ángel Muñoz Fernández, *José María Lacunza: estudio y recopilación*. México, Factoría Ediciones, 1997 (Los muchachos de Letrán), p. 19.

²³ D. I. Córdoba Ramírez, *op. cit.*, pp. 35-36; R. Duclas, *op. cit.*, pp. 27-28; G. Prieto, *op. cit.*, p. 61.

²⁴ D. I. Córdoba Ramírez, *op. cit.*, pp. 41, 45 y 47; R. Duclas, *op. cit.*, pp. 31, 33, 37-40, 46, 48 y 55; Barbara A. Tenenbaum, “Manuel Payno y los bandidos del erario mexicano, 1848-1873”, en *Historia Mexicana*, vol. 44, núm. 1, julio-septiembre de 1994, pp. 74-75.

²⁵ D. I. Córdoba Ramírez, *op. cit.*, pp. 43 y 48; R. Duclas, *op. cit.*, pp. 55-56 y 59; María Ester Pérez Salas, “Las revistas ilustradas en México como medio de difusión de las élites culturales”, en Graziella Altamirano Cozzi, coord., *En la cima del poder: Élités mexicanas, 1830-1930*. México, Instituto Mora, 1999, p. 27.

²⁶ Manuel Payno, “IV. Fragmentos de viaje”, en *Crónicas de viaje por Veracruz y otros lugares*. Comp., present. y notas de Boris Rosen Jélomer, pról. de Blanca Estela Treviño. México, Conaculta, 1996. (Manuel Payno. Obras completas, 1), p. 211.

Desde la independencia, las disputas políticas e ideológicas, y las revueltas militares agitaron al país. De la república federalista se había pasado a la centralista, los gobiernos iban y venían, las Constituciones cambiaban, los Congresos se hacían y deshacían, los partidos tomaban y perdían el poder sin que la situación diera señales de mejorar. Sin embargo, las fluctuaciones políticas eran, de algún modo, supuestas, pues por lo general los participantes solían ser los mismos, si bien, quienes planeaban más allá de sus intereses o de los grupos que les entregaron el poder, resultaban ser los menos. Si a esto sumamos las relaciones tirantes con la Iglesia y el ejército, el poder de caudillos y caciques, la disputa centro-estados, la guerra de castas en diversos puntos, se comprenderá que muchos hubieran perdido la fe en las instituciones públicas conocidas y pensasen ya, en hacer una permuta radical en la configuración del Estado.²⁷

A estos de por sí difíciles conflictos, había que sumar la presión de las potencias extranjeras, en particular de Francia con la guerra de los pasteles, de Inglaterra, con el arreglo de su deuda, y de Estados Unidos, con las reclamaciones de sus ciudadanos, sus demandas territoriales y el apoyo al movimiento independentista en Texas. En esta última provincia, en 1845 las cosas se dirigieron a pasos agigantados hacia la anexión al vecino del norte: a fines del año, Texas se había convertido en el 28o. estado de la Unión.²⁸

Otro asunto por resolverse era la pésima situación material. Aunque existieron varios esfuerzos por hacer crecer la economía y remitir ingresos al erario, la producción aminoraba y el Estado se descubría en quiebra para nuestro periodo. Las grandes mayorías continuaban en la pobreza; iletradas y pasivas, tampoco ofrecían señales de cambio.²⁹

Sin embargo, es posible que, con el sosiego que debía darle la idea de que a sus espaldas dejaba un gobierno sensato a la vez que reformista, Manuel Payno emprendiera el viaje a Estados Unidos con una encomienda directa de Mariano Riva Palacio, ministro de Justicia de ese gobierno.³⁰

Payno de viaje por el país del norte

Desconocemos cuando zarpó Payno del puerto de Veracruz, pero debió hacerlo en enero o febrero de 1845. El buque en que se embarcó lo llevó a La Habana, puerto-ciudad en el que permaneció algunos días y pudo asistir al carnaval de ese año.³¹ Su

²⁷ M. P. Costeloe, *op. cit.*, pp. 46-48 y 50.

²⁸ Ángela Moyano Pahissa *et al.*, *EUA. Síntesis de su historia I*. 2a. ed. México, Instituto Mora, 2007, p. 439.

²⁹ M. P. Costeloe, *La primera república federal de México (1824-1835). Un estudio de los partidos políticos en el México independiente*. Trad. de Miguel Fernández Gasalla. México, FCE, 1996, pp. 232-233 y 301-306; M. P. Costeloe, *La república central en México (1835-1846)*, pp. 19 y 29.

³⁰ M. Payno, "III. Estudios sobre prisiones", en *Crónicas de viaje por Veracruz y otros lugares*, p. 148, nota de los editores; R. Duclas, *op. cit.*, p. 62.

³¹ *Ibid.*, p. 65.

misión franca en Estados Unidos era “estudiar el sistema penitenciario y juzgar hasta qué punto puede ser establecido en la república”; con el tiempo tendría que escribir “una obra extensa sobre el particular”. Queremos suponer que tenía otro motivo, uno reservado para desplazarse en ese momento de dificultades para México, justo cuando se realizaban las negociaciones para la anexión de Texas al país vecino del norte, y las relaciones con México estaban en un tris de romperse.³² Creemos que también iba como observador de los movimientos político-bélicos, acaso como espía.³³ Si bien, a la fecha, no se cuenta con evidencias al respecto, es posible abrigar sospechas, abonadas por el hecho de que en sus crónicas sobre Estados Unidos, guarde silencio sobre un tema que le era tan próximo, cuando el itinerario debió hacerse en un ambiente tenso del que él tuvo que percatarse por los “amigos” con los que conversaba y a los que menciona de pasada y por la lectura de los periódicos.

Se desconoce la obra que Payno debía escribir sobre el sistema carcelario, o que tal vez sólo escribió en fragmentos, los cuales envió como los artículos que aparecieron ese mismo año en el primer tomo de *La Revista Científica y Literaria de México*, fundada por varios de los ex colaboradores de *El Museo Mexicano*, con la igual mira de ilustrar al lector y ofrecerle trabajos de rescate de temas y personajes nacionales.³⁴ Se trata de “Penitenciaría de Wetherfield en el estado de Connecticut” y “Penitenciaría de Charlestown”; al último agrega un estudio intitulado “Causa de los crímenes en los Estados Unidos”.³⁵

No fue esto lo único que le produjo su periplo por Estados Unidos. Siendo un literato laborioso y compulsivo, salvó su memoria del viaje en varias crónicas sobre Nueva Orleans y sobre su recorrido por las cataratas del Niágara, que se publicaron en la misma revista, aun cuando algunas en el tomo dos del año siguiente. Una más, escrita posteriormente, justo cuando el invasor estadounidense ocupaba territorio mexicano es “Excursión en el estado de Connecticut”, que apareció en *El Año Nuevo. Presente Amistoso Dedicado a las Señoritas Mexicanas* de 1848, publicación nueva, que tenía el plan de cultivar a las jóvenes mexicanas en tópicos distintos, guardando la tónica patriótica.³⁶

Aunque en algunos casos ignoramos los medios de transporte que empleó, dónde se albergó y los lugares que visitó, es fácil trazar el itinerario de Payno con los datos extraídos de sus artículos itinerantes. Sabemos así que permaneció alrededor de

³² El ministro en Washington, Juan Nepomuceno Almonte, comunicó a sus superiores el día 6 de marzo de 1845 que había aparecido en el periódico oficial el decreto de agregación de Texas, por lo cual dirigió una protesta al gobierno de Estados Unidos y pidió su pasaporte. *Representantes diplomáticos de México en Washington 1822-1973*. México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1974. (Archivo Histórico Diplomático Mexicano. Tercera época. Serie Documental, 8), p. 24.

³³ R. Duclas, *op. cit.*, p. 72.

³⁴ D. I. Córdoba Ramírez, *op. cit.*, p. 50; M. E. Pérez Salas, “Las revistas ilustradas en México como medio de difusión de las élites culturales”, en *op. cit.*, p. 44.

³⁵ M. Payno, *Crónicas de viaje por Veracruz y otros lugares, passim*.

³⁶ *Idem*. M. E. Pérez Salas, “Las revistas ilustradas en México como medio de difusión de las élites culturales”, en *op. cit.*, pp. 37-39.

treinta días en Nueva Orleans, a donde llegó en el buque *Alabama* en el mes de mayo y, conocedor de “los lánguidos y miserables puertos mexicanos en el golfo”, quedó impresionado por los más de 1 500 buques anclados en el río, los canales y los lagos cercanos a la aún capital de Louisiana y por “el comercio y movimiento de los muelles y la *levée*”. El tiempo le resultó escaso para ver y comprobar todo lo que habría querido ver y comprobar, pero debió continuar su periplo hacia el norte.³⁷

De Nueva Orleans salió hacia Pittsburg, Pensilvania, donde apenas se detuvo, y procedió hacia Nueva York, donde encontró que el calor era terrible: “las espaciosas calles de Broadway, siempre llenas de gente por ambas aceras, estaban a poco más o menos desiertas”. De allí que diera principio a su excursión por Nueva Inglaterra. Marchó a New Haven, en Connecticut, donde se hallaba a mediados de julio, y luego se dirigió a visitar la penitenciaría de Wetherfield, cerca de Hartford, la capital del estado. Iniciaba por fin su misión oficial en Estados Unidos. A principios de agosto, estudió la penitenciaría de Charlestown, no lejos de Boston, Massachusetts. Es posible que visitara otras instituciones carcelarias como Trenton en Nueva Jersey, y Sing-Sing y Blackvall en Nueva York. Sin embargo, no ofrece datos al respecto.³⁸

En general, Wetherfield y Charlestown, que es sobre las que dejó crónicas, le parecieron satisfactorias: “el trabajo en común durante el día, y la reclusión en celdas solitarias durante la noche”.³⁹ Alaba los intentos reformistas penitenciarios: “El aparato lúgubre, y puede decirse infernal, de las prisiones en la mayor parte de las ciudades del mundo, aun las más civilizadas, representaba —expresa— por decirlo así, la venganza; las penitenciarías representan hoy la justicia”.⁴⁰ Pensaba acaso en la estancia que su amigo Ignacio Cumplido había tenido unos años atrás en la cárcel de La Acordada y en que ésta no constituía —en modo alguno— un modelo social.

Sabemos que durante el transcurso de su misión, y al concluir ésta, Payno aprovechó para conocer lo que podía conocer, y observar detenidamente a los ciudadanos del país vecino en Nueva Orleans, Nueva York y los estados que forman Nueva Inglaterra, y por último, se decidió a visitar las famosas cataratas del Niágara y a recorrer los Grandes Lagos.⁴¹

Regresó a México en los últimos meses de 1845,⁴² zarpando seguramente de Nueva York rumbo al puerto de Veracruz. Faltaban ya pocas semanas para que estallara la guerra entre los dos países.

³⁷ M. Payno, “IV. Fragmentos de viaje”, en *op. cit.*, pp. 173-177.

³⁸ M. Payno, “III. Estudios sobre prisiones”, en *op. cit.*, p. 149; M. Payno, “VII. Fragmentos de un viaje a los Estados Unidos”, en *Crónicas de viaje por Veracruz y otros lugares*, p. 241; R. Duclas, *op. cit.*, pp. 67-69 y 72.

³⁹ M. Payno, “III. Estudios sobre prisiones”, en *op. cit.*, p. 161.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 159; D. I. Córdoba Ramírez, *op. cit.*, p. 50, n. 116.

⁴¹ *Idem*; R. Duclas, *op. cit.*, pp. 69-71.

México, en el espejo estadounidense de Payno

A lo largo de su recorrido por Estados Unidos, Payno adquirió una visión paradójica sobre el país del norte. De una parte, se trataba de una nación que exhibía los beneficios de la libertad y del progreso; por otra, resultaba una amenaza para México. La reflexión al respecto fue motivo de comentarios en sus escritos viajeros, evidentemente por tratarse de un hombre acostumbrado a escribir, pero también por la proximidad de la guerra y la presencia de su discusión en la prensa que no le permitiría olvidar el momento en que se hallaba. Para lograr esto, una y otra vez recurría a las características mexicanas: comparaba, oponía, en fin, matizaba; pues sus juicios no eran indiferentes ante las disparidades irreconciliables, sino que las miraba como producto de una herencia histórica distinta.⁴³

Fue mucho lo que encontró por elogiar. En su opinión, Estados Unidos había gozado de una paz larga y no interrumpida; de allí que el pueblo no se hubiera desmoralizado con el libertinaje, y los males derivados de las guerras civiles, o sus ciudadanos carecieran de un plan u objeto fijo. Esa paz había creado fortunas más o menos considerables, despertado el amor al suelo que se cultivaba y a la casa que se construía.⁴⁴

Lo anterior propició el progreso de las actividades económicas. Como vimos, desde que llegó a Nueva Orleans, a Payno le pasmó la gran actividad del puerto. Reflexiona que el desarrollo del comercio impedía que el gobierno tuviera que imponer nuevas contribuciones, ni dejase de pagar a sus empleados, ni tampoco existieran grandes desigualdades sociales como en los países de habla hispana. Con una burocracia pequeña, un ejército menor, y la marina precisa para proteger el tráfico mercantil, el Tesoro siempre tenía recursos para cubrir sus gastos.⁴⁵

Frente a esto, aceptaba haber sentido envidia:

En efecto, ¿cómo no dejar de envidiar para México un cuadro tan animado de prosperidad mercantil? ¿Cómo no desear que en vez de discutir teorías meramente especulativas, y de gastar el tiempo en revoluciones, hubiesen mis conciudadanos dedicándose a formar un cuerpo de leyes verdaderamente sabias y bien combinadas, para alentar las empresas comerciales y dar la vida que le falta a esa bella y privilegiada porción de las Américas?⁴⁶

Payno no se dio descanso, visitaba todo lo que podía visitar, se asomaba en escuelas y en hospitales. Sin duda, contrastando con la realidad educativa y religiosa nacional. Se sorprende ante el hecho —para él extraordinario— de que entre 17 millones de

⁴² *Ibid.*, p. 62.

⁴³ D. I. Córdoba Ramírez, *op. cit.*, p. 60.

⁴⁴ M. Payno, “II. Un viaje a Veracruz en el invierno de 1843”, en *Crónicas de viaje por Veracruz y otros lugares*, p. 69.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 70.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 77.

habitantes sólo 600 000 no supieran leer y escribir.⁴⁷ Liberal moderado, estudia la tolerancia religiosa existente, la cual le agradó mucho, entre otros motivos, por contribuir a que los católicos llevaran una vida sobria y laboriosa, pues tenían la necesidad de ganar partidarios y prosélitos.⁴⁸

Se admira ante los logros materiales alcanzados: el desarrollo de la publicidad, que facilita al cliente dirigirse a donde le acomode para despachar sus asuntos sin necesidad de preguntar a nadie, mientras en México, la gente tenía dificultades para encontrar a los artesanos o talleres que necesitaba,⁴⁹ y, sobre todo, se sorprende ante la prisa por construir en poco tiempo; mientras que en la América hispana —dice— las obras se hacían para que durasen siglos. Agrega, respecto a Nueva Orleans:

[...] para comunicar el lago con la ciudad y facilitar el comercio, se construyó un canal; y no contentos con esto hicieron el camino de fierro; y no contentos con el canal y el camino de fierro, hicieron otro canal. Siempre que por este lado se juzgue a los americanos, se les encontrará superiores a cualquier nación del mundo.⁵⁰

Payno no dejó de divertirse. Paseó por las calles, se metió en las tiendas, visitó museos y acudió a representaciones teatrales y de ópera, y a actos de circo. No dejó de admirarle el poco gusto por lo artístico por parte de sus anfitriones.⁵¹

Lo que más le atrajo fue el ser humano. Se mezclaba con la gente, veía, escuchaba y, acaso por estar en una coyuntura histórica desfavorable, se formó una opinión bastante contraria. Para empezar, le molestó el carácter de los estadounidenses, para el que utilizó distintos apelativos: seco, adusto, frío, estoico, serio, taciturno. Luego le indignaron sus malos modales (¡comer, eso no es comer —nota en alguna ocasión— sino devorar!) Después, le molestó el hecho de que sólo pensaran en ganar dinero: “los *negocios*, esta palabra eterna con que *hasta despiertos sueñan los americanos*”.⁵²

Sin embargo, Payno no se quedó nada más en la descripción de lo que advertía, sino que trató de hacer un examen que explicara el fondo de los estadounidenses. Se refiere a que éstos, en general, no eran accesibles al trato propio de la vida de los pueblos españoles, y que vivían para el trabajo sin interrupción. Sin embargo, como todos los seres humanos, necesitaban descanso, pero, como su carácter se los impedía, no les restaba más que el *bar room*: “Allí bebe y fuma cada vez que se lo permite su trabajo, y cuando lo concluye no tiene más recursos que la taberna, y siempre la taberna”.⁵³

Payno reconoce que la gran dedicación al trabajo no ayudaba a ser felices a “esa raza de hormigas arrieras a la cual le parece el mundo estrecho para poseerlo”. Tam-

⁴⁷ M. Payno, “IV. Fragmentos de viaje”, en *op. cit.*, pp. 171 y 186-187.

⁴⁸ M. Payno, “III. Estudios sobre prisiones”, en *op. cit.*, p. 171.

⁴⁹ M. Payno, “IV. Fragmentos de viaje”, en *op. cit.*, p. 178.

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 185-187.

⁵¹ *Ibid.*, pp. 186-187 y 195.

⁵² M. Payno, “III. Estudios sobre prisiones”, en *op. cit.*, pp. 156 y 161; M. Payno, “IV. Fragmentos de viaje”, en *op. cit.*, pp. 180, 183 y 191.

⁵³ M. Payno, “III. Estudio sobre prisiones”, en *op. cit.*, p. 164.

poco les ayudaba la tristeza de las ciudades y la falta de ceremonias públicas. Todo lo cual conducía —en su opinión— a que una de las fallas de la sociedad estadounidense fuera la intemperancia.⁵⁴

Otro de los problemas surgía de los vacíos de algunas leyes. Y alude en concreto a las leyes mercantiles que no castigaban las quiebras como en Europa, lo cual favorecía que algunos se tomaran la justicia por sus propias manos. Esto formaba una “sociedad de incendiarios”, que haciendo a la compañía de seguros responsable de los ilícitos podía saldar sus deudas con los acreedores.⁵⁵

Otros delitos frecuentes eran los cometidos por causa, intervención o participio del sexo, a pesar de la existencia del divorcio que parecería resolver muchos de los problemas. Payno se decía que tal proceso sí resultaba conveniente para la felicidad social, pero que resultaba enteramente contrario al bienestar de las mujeres.⁵⁶

Como a sus viajeros predecesores, si algo le indignó profundamente fue la situación de los esclavos. No entiende cómo un país que progresaba tan rápidamente en todos los sentidos, podía ofrecer esos “testimonios públicos de una falta absoluta de respeto a la moral y a la humanidad”. Si bien hizo examen de conciencia, y la contrastó con la clase indígena en su país, que de ninguna manera se encontraba en una mejor circunstancia, su conclusión es que en México “no es el gobierno ni la población la que ha reducido a los indios a la condición que tienen, sino las costumbres propias y raras de los restos degradados e inconocibles que han quedado de las antiguas y nobles razas que segó la cuchilla de los conquistadores”.⁵⁷ Esto le hace sentir orgulloso, pues —expresa—, a pesar de todos sus problemas, su nación jamás había oprimido a nadie.⁵⁸

Sin dejar de reconocer la presencia de la pobreza en Estados Unidos, que iba más allá de la esclavitud (la pasaba mal, por ejemplo, la minoría irlandesa), concluyó que, en el país del norte, como en el resto del mundo, “hay clases miserables y desgraciadas, que tienen que soportar al menos por algún tiempo las consecuencias de su pobreza”.⁵⁹

A partir de lo anterior concluye que para México no habría educación sino hasta que la enseñanza y la policía destruyeran los vicios de la bebida y el ocio entre el pueblo, que por otra parte era dócil e inteligente, noble, con valor. Cuando los extranjeros vieran que en las mañanas no había grupos frente a las tabernas y las pulquerías; y la plebe estaba vestida, limpia y ocupada en sus oficios; cuando dejase de haber un motín o revolución cada quince días, México —sueña— tendría el título de “ilustrado”.⁶⁰

Es claro que Payno utilizaba el espejo del vecino del norte para mirar la “realidad” mexicana. ¿Qué es entonces lo que dice en sus escritos o, por lo menos, deja ver entre líneas?

⁵⁴ *Ibid.*, p. 165.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 166.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 168.

⁵⁷ M. Payno, “IV. Fragmentos de viaje”, en *op. cit.*, p. 188.

⁵⁸ *Idem.*

⁵⁹ *Ibid.*, p. 182.

⁶⁰ *Idem.*

Frente al progreso y los adelantos estadounidenses, Payno se mostró convencido de que en su país reinaba el caos político, económico y social. Mientras el campo se hallaba semiabandonado, en las ciudades dominaban la pobreza, la suciedad, la ausencia de ley y orden. Sin embargo, creía también que México poseía los suficientes recursos para salir adelante, lo que debía era destrabarse del pasado para adelantar y convertirse en una nación avanzada con un régimen propio y satisfactorio.

No juzgó admirable todo lo que vio en Estados Unidos. Critica hondamente el sistema esclavista, que le pareció indigno de la nación que ese país pretendía ser, y la exclusión y segregación de las minorías. Hace un sesudo análisis de las fallas sociales del país que recorre y señala, con un índice flamígero, cuáles son las principales causas de criminalidad. En ese sentido, insinúa que la sociedad mexicana no tiene tales problemas.

La vida cotidiana estadounidense le pareció llena de defectos y, por ende, más apreciable el carácter mexicano, con su amabilidad, cortesía y sociabilidad usuales. Coincide en esto con sus predecesores viajeros. Seguramente influido por las corrientes culturales nacionalistas en que se formó, Payno valora más lo propio y es capaz de clamar por la patria y reiterar el

[...] amor incomprendible que se le tiene al suelo en que uno nació y recibió sus primeras impresiones de niño. ¿Por qué siendo México un país [...] lleno de revoluciones no lo abandonan los mexicanos que tienen dinero, y se radican en Italia que es un clima semejante al de América? ¿Por qué todos los que viajan por Europa, a pesar de verse rodeados de goces e ilusiones, vuelven a México? ¿Por qué yo mismo, aunque pudiera vivir opulento en una ciudad de los Estados Unidos preferiría una vida oscura y pobre en México?⁶¹

Esta cita, que ilustra claramente el sentimiento de amor de nuestro viajero por el territorio donde había nacido, refleja que, a lo largo de su viaje, Payno fue discurriendo sobre la situación en la que se hallaba: de visita en un país enemigo, que estaba a punto de declarar la guerra al suyo. Debía tener dudas muy serias sobre las posibilidades de subsistencia de la patria; está dispuesto a hacer lo que sea por lograrlo. Esto nos lleva a concluir —aunque sin prueba— que la incursión para conocer el sistema penitenciario del vecino del norte fue un mero pretexto para observar la situación y obtener datos de utilidad. Es muy posible, por tanto, que a su regreso a la ciudad de México, él hubiera entregado al gobierno de Herrera un informe preciso, que pudo servir para las negociaciones que de balde se intentó llevar a buen fin y, más tarde, para las operaciones de guerra.

⁶¹ *Ibid.*, p. 192.